

¡Adelante y arriba!, que no decaiga tu fe

Fernando Torre, msp.

Nuestra vida es de fe, pero tal vez en ocasiones hemos experimentado el triste dolor de la duda o amargo sabor de la desconfianza en Dios, o quizá en momentos hemos tenido una fe raquítica, incapaz de sostener nuestras convicciones y decisiones. Conocemos personas que habiendo sido creyentes han dejado de serlo. Tú, yo y los demás cristianos estamos en peligro de volvernos indiferentes a Dios, ajenos a toda práctica religiosa y perder la fe. Por eso, Concepción Cabrera motiva a su hija diciéndole: «¡Adelante, Tere, arriba!, no decaiga tu fe»¹.

¿Por qué la fe, siendo un don que el Espíritu Santo nos dio en el bautismo, puede decaer hasta extinguirse? Porque es algo vital y dinámico, como la salud; por nuestra condición humana, frágil e inclinada al mal, perezosa e inconstante, que se resiste a Dios y tiende dejar de lado lo que exige esfuerzo; porque el enemigo lucha contra nosotros y pretende alejarnos de Dios.

¿Qué cosas hacen que nuestra fe disminuya? El pecado, que nos hiera profundamente y nos roba nuestra energía; la falta de ejercicio espiritual (también los músculos se atrofian por falta de ejercicio); una deficiente catequesis, que nos lleva al escepticismo o a una fe irracional y a prácticas mágicas; la sociedad secularista y materialista en la que vivimos (respiramos en una atmósfera sin espíritu).

¿Qué hacer para que nuestra fe no decaiga? Orar constantemente pidiéndole a Dios: «aumentanos la fe» (Lc 17,5); acercarnos a comunidades y personas creyentes, a las biografías de los santos, a los buenos libros; desprendernos de seguridades y confiar en Dios; renunciar a querer tener evidencias, el “ver para creer”: «dichosos los que creen sin haber visto» (Jn 20,29).

¡Adelante y arriba!, amigo/a lector/a, que no decaiga tu fe.

¹ Carta escrita el 9 enero 1918, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 491.